

15

PARISINA

POEMA DE LORD BYRON

Traducción de

ENRIQUE DE VEDIA Y GOSSENS

Dedicado á su prima Delfina.

Nueva edicion.

BUENOS AIRES
Imprenta del SIGLO, Victoria 151.

1867

PARISINA
POEMA DE LORD BYRON
TRADUCCION

DE

Enrique de Vedia y Gossens.

Dedicado á su prima Delfina.

I

Oyese del jardin en la espesura
Del pardo ruiseñor el dulce acento,
Votos de amor, suspiros de ternura
Murmura en su silbido el manso viento;
La débil brisa, el agua bulliciosa
Dan música al oido,
Brilla el rocío en la purpúrea rosa,
Rasga la estrella el manto oscurecido
De la bóveda azul, y grata sombra
Cubre el arroyo y la florida alfombra,
Sobre el sereno cielo
La noche esparce un velo,
Tiñe el ambiente aquella
Opaca claridad tranquila y bella,
Aquel albor dudoso y delicado
Que envuelve el monte, el valle y la laguna
Y cuando muere el dia, el mundo halaga
Mientras al rayo de la Osta Luna
La antorcha del crepúsculo se apaga.

II

Mas no de la cascada cristalina
Sale á gozar el eco Parisina;
Ni deja la hermosura
La estancia retirada y silenciosa,
Y entre las sombras de la noche oscura
Cruza la estrecha senda presurosa
Por ver la luna y contemplar las flores;
Presta el oido atento....
Pero no al ruiseñor, otra armonia
Otro mas dulce acento
Otros ecos de amor mas seductores
Su corazon espera:
Love murmullo en la floresta umbría
Le parece escuchar—tiembla, se altera;
Inquieta y afanosa
Del amargo terror el hielo siente;
Una voz misteriosa
Resuena entre las hojas ajitadas
Y torna á suspirar: ansiosamente
Clava en el bosque umbroso sus miradas ..
Van á verse.... un instante!
Pasó—ya está á sus pies su tierno amante.

III

¿Qué es para ellos el mundo? ¿qué el torrente
Del tiempo volador? nada: la tierra,
Los seres que se ajitan numerosos
En el aire, en el mar y el verde suelo,
La bóveda del cielo,
Nada son á sus ojos amorosos:
Estáticos, absortos, nada miran
Ni ven en derredor: ámbos respiran
Ella solo por él, solo él por élla,
Cual si la vasta redondez del mundo
Desparecido hubiese,
Y en silencio profundo
Yaciera la natura sepultada:
Tiernos suspiros de su voz quebrada
Y ayes por el deleite interrumpidos
Son la débil señal de su existencia
Que mueren entre besos repetidos,
Y la pasion transfórmase en demencia,
¿Se acuerdan de su riesgo ó de su crimen
Cuando abrazados jimen?

¿Quién hay que cuando alcanza venturoso
Del amor la corona
Cobardo y temeroso
Al espectro del miedo se abandona?
¿A quién en tal momento
El recuerdo estremece
De que es breve el placer y desaparece
Cual nube sacudida por el viento?

. IV

Con lánguido semblante
Dejan el solitario y mudo asilo
Testigo de su amor : aquel instante
Nada ofrece de amargo,
Pueden los dos del porvenir tranquilo
La imájen contemplar, y sin embargo
Sienten las puntas del dolor severo
Como si aquel adios fuese el postrero.

Largo suspiro, abrazo prolongado,
Lábio que de otro lábio no quisiera
Separarse jamás, beso mezclado
Con encendida lágrima y miradas
Llenas de amor y de arrebató y vida
Vió aquella dolorosa despedida.

Mas luego Parisina miserable
Clava sus negros ojos en el suelo
Cual si temiera de su ardor culpable
No poder alcanzar perdon del cielo
Y su mismo delito le parece
Que el brillo de los astros oscurece

Largo suspiro, abrazo prolongado
Los ata al sitio amado :
Mas tienen que marchar : éa, ay! forzoso
Abandonar del cenador umbroso
La callada mansion, y al separarse
Con torcedor afan, con honda pena .
Sienten el corazon sobresaltarse,
Y en sus oidos suena
Aquel de la conciencia mundo grito
Perpetuo compañero del delito.

V,

Y Hugo tornó á su solo y triste lecho
A codiciar en él la ajena esposa .
Mientras ella con pasos vacilantes
Camina á reclinar el falso pecho

En los brazos amantes
De su vendido dueño
Que engañado en su amor duermo y reposa
Y un abrasado afán turba su sueño,
Y vé á su amante en la tiniebla oscura
Y en su ilusion murmura
Un nombre que su lábio callaria
A la radiante luz del claro dia:
Y estrecha entre sus brazos á su esposo
Por otro suspirando,
Y él despierta gozoso
Y la está embebecido contemplando
Y goza en su error ciego
Las caricias de fuego,
La ternura al adúltero guardada,
Y casi va á regar con tierno llanto
La frente de su esposa engañadora
Creyendo que le adora
Del sueño envuelta en el oscuro manto.

VI

Al seno estrecha la beldad dormida
Y escucha atento aquella voz querida
Oye. . . . ¿por qué Azo tiembla y se estremece
Cual si del mundo en el postrero dia
La trompeta del ángel escuchára?
¡Ah! bien puede temblar! La suerte avara
En aquel triste acento
Una copa de tósigo le ofrece
Manantial de dolor y de tormento:
Sí menos duro al infeliz le fuera,
Ver delante de sí la muerte fiera,
Y ser arrebatado
Y al trono del eterno presentado;
¡Ah! bien puede temblar! Aquel sonido
Para siempre la paz ha desterrado
De su pecho aflijido;
Aquella voz que suena pavorosa
Y un nombre dice en sueños, le revela
Su ignominia y el crimen de su esposa.
¿Y qué nombre es aquel que así le espanta
En el silencio de la noche umbría,
Cual ola bramadora
Que despedaza el mísero navío,
Y en los escollos ásperos quebranta
Al náufrago infeliz que el mar devora?

Aquel rosado lábio
¿Qué nombre ha proferido? el nombre de Hugo
El de Hugo, sí, no hay duda;
¡Oh! plugiera á los cielos se engañara
Mas la horrible verdad mira desnuda:
Es el de Hugo, el del hijo á quien amara
Como á su madre amó, del hijo triste
En mal hora nacido,
Fruto del estrávic y la licencia
De su verdor florido
Cuando engañó de Blanca la inocencia,
De Blanca que burlada creyó en vano
Vivir con él y recibir su mano.

VII

Con torvos ojos y ceñuda frente
Echa mano al puñal resplandeciente,
Mas tórnale á soltar que mal pudiera
Aunque es indigna de vivir, matarla,
Y mas cuando dormida
Vé en sus lábios sonrisa lisonjera
Que le recuerda su ilusion perdida,
Ni quiere despertarla
Aunque sí la miró con faz tan fiera
Que si ella hubiese visto su semblante
Dentro del mismo corazon sintiera
El frio de la muerte penetrante.

La lámpara que alumbra débilmente
Aquel recinto oscuro y sosegado,
Hierde las gotas de sudor helado
Que corren de Azó por la turbia frente:
Ella no habló ya mas: hondo silencio
Guardó, pero perturban su reposo
Imágenes estrañas é ignoradas,
En tanto que en la mente de su esposo
Las horas de su vida están contadas.

VIII

Y vino la mañana y azorado
Buscó y halló en la corte
La dolorosa prueba
De su infelicidad; vé declarado
El crimen de su pérdida consorte,
Y vé del deshonor la mancha horrible:

Las tímidas doncellas confidentes
Del escondido amor por largos días
Con lábios balbucientes
Descubren el secreto que guardáran:
Del miedo entre las crudas agonias
Todo ¡ay Dios! lo declaran.
La vergüenza, el delito, la amargura
De la pena que aguarda á la culpada,
Cuanto en torno se dice
Pesa sobre la adúltera infelice.
Ya no hay mas que indagar: la turba débil
Revela sin demora
De la ignorada cita el sitio y hora
Y Azo siente en el alma atormentada
Furor, oprobio y desconsuelo unidos;
La copa del dolor está colmada
Para su corazón y sus oídos.

IX

Ni quiere en medio á su abrazado encono
Dilatar la venganza: el mismo día
En el salón magnífico de Estado
Ocupa el réjio trono
De donde al virtuoso y al malvado
El premio y el castigo repartía.
Los nobles y los guardias le rodean,
Y ante él los dos culpables
Suspensos, humillados, miserables
La muerte aguardan y morir descan:
Jóvenes ambos son; ella ¡qué hermosa!
Mientras él despojado de su espada
Y una mano á otra atada
Mueve á piedad la Corte numerosa.
¡Gran Dios! ¡qué vista aquella! ¡ver á un hijo*
Delante de su padre en tal estado!
Mas lo quiere el destino en su terrible
Decreto irresistible:
Y Hugo se vé forzado,
A estar de su señor en la presencia
Y contemplar su rostro demudado
Y escuchar de su muerte la sentencia;
Mas no se muestra débil ni abatido
Aunque en grave silencio está sumido.

Y pálida también y silenciosa
Espera el duro fallo Parisina.
¡Cuán diferente ¡ay Dios! de cuando hermosa
Cual perla peregrina
El palacio magnífico adornaba
Y cercada de próceres altivos
El fausto y opulencia disfrutaba
Si entonces su semblante
Se hubiera visto en lágrimas bañado
¡Cuánto puñal y espada centellante,
Se hubiese desnudado
Para dar con presteza
Venganza al llanto, apoyo á la belleza!
Ora ¿qué es la infeliz? ¿qué mira en ellos?
¿Puede acaso mandarlos? ¿se atrevieran
A obedecer su voz? con faz severa
Con ojos inclinados
Y con frente sombría y ceño crudo
Do está el desprecio de piedad desnudo
La corte la contempla.
Vé allí damas y pajes y señores
Y al mortal escojido
Que gozó su ternura y sus amores.
Aquel jóven guerrero tan temido
Cuyo robusto brazo la obedece,
Su idolatrado amante
Que perdiera la vida
O salvara sin duda á su querida
Si se mirase libre un solo instante;
El amor y delicia de la esposa
De su padre engañado.

X

Y el mezquino entretanto está á su lado
Cefido de cadena ponderosa,
Los pies con graves hierros oprimidos
Sin mirar la beldad que tanto le ama,
Cuyos ojos están enrojecidos
Del llanto que derrama,
No por el crudo afán que le devora
Sino por el mortal á quien adora.
Sus párpados hermosos
Que la cerúlea vena ornara un día,
Convidando á los besos amorosos,
Cuando en la tez nevada
Su delicado azul sobresalía

Ora hinchados, dolientes, ardorosos
Son mas horrible peso,
Que escudo de los ojos regalados
Donde en mas feliz hora
Puso el amor su llama abrasadora,
Y que turbios están y oscurecidos
Con abundosas lágrimas henchidos.

XI

Y él sin duda por ella lloraria
Si no por los que atentos le miraban,
Mas calló su dolor si lo sentia,
Y cuantos le cercaban
Vieron su frente impávida y serena
Velar la angustia y ocultar la pena,
Pudo, es cierto, sufrir; mas nadie pudo
Ver la huella en su faz del afan crudo
Aunque sintió la amarga remembranza
Del tiempo ya pasado,
Su crimen y su amor—su actual estado,
De un padre y un esposo la venganza,
La acusacion de la virtud severa
Y su presente suerte y venidera,
Y la de ella tambien; lá de ella ¡oh Cielos!
Con tan amarga idea
Ni una vez la miró rápidamente
Que si en ella los ojos enclavara
Venciérale el dolor y con ferviente
Llanto su pecho mísero regara.

XII

Y Azo dijo con ceño
"Ayer afortunado
"Gozábame en un hijo y una esposa,
"Mas hoy la luz del alba ha disipad
"Con triste claridad tan dulce sueño.
"Y antes que el sol su antorcha luminosa
"Sepulte en el ocaso,
"Nadie habrá que mi cólera desarme;
"Sin hijo y sin esposa he de quedarme.
"Solitaria, infeliz será mi vida,
"Mas ¿puedolo evitar? ¡ah! nó; cualquiera
"Injuriado cual yo, lo mismo hiciera,
"¡Lavar con sangre del honor la herida!

“Rotos están los lazos
“Que un tiempo nos unieron: no mis brazos
“Los han despedazado . . . pero basta;
“Ya derramando saludable espanto
“De la justicia ha resonado el grito,
“Hugo, te espera el Cenobita santo
“Y luego el galardón de tu delito;
“Vete: dirige tu oración al cielo.
“Antes que acabe el día
“Vas á sufrir el golpe de la muerte.
“Busca en Dios tu perdón y tu consuelo
“Pues sólo su piedad puede absolvarte:
“Mas en la tierra nó: no en ella esperes
“Lástima y compasión; blanco á mis iras
“Es vano pensamiento
“Que ni por un momento
“Respire el aire yo que tú respiras ;
“Después de tu traición fea y horrible
“Que vivamos los dos es imposible.
“No te veré morir; no en mi castigo
“Llegaré á ser testigo
“Del último suplicio á que te lleva
“Ese amor miserable en que demente
“Tu corazón se ceba:
“Tú sí, frágil belleza
“Verás rodar su mísera cabeza!
“Vete, débil mujer! mujer traidora!
“Tú le matas, no yo; véte, y ahora
“Mira correr su sangre;
“Si á espectáculo tal endurecida
“Sobrevivir pudieras
“Gózate con la vida
“Que dejó á la más vil de las mujeres.”

XIII

Dijo y la frente de sudor bañada
Hacia el pecho inclinó con agonía,
Que la sangre abrasada
Por las hinchadas venas rebosando
Parece que rasgárselas quería;
Y quedó largo rato meditando
Como si de su dicha contemplase
Las últimas reliquias y despojos,
Y la trémula mano
Ajitaba delante de los ojos
Cual si apartar quisiera
Un velo que la luz le oscureciera.

Y Hugo movió sus brazos entretanto
Cargados de cadenas
Y levantando al cielo
Sus miradas serenas
Reclamó para hablar breves momentos;
Y otorgado este don, con honda pena
Soltó la triste voz á estos acentos
A que con rostro grave y abatido
Prestó su fiero padre atento oído.

XIV

“No la muerte me espanta,
“Pues me has visto mil veces á tu lado
“En medio del combate ensangrentado
“Contemplar sus horrores
“Con semblante sereno y firme plauta;
“Mas sangre ha derramado en tu defensa
“El hierro que tus fieles servidores
“De este cinto han quitado
“Que la que al golpe fiero del verdugo
“Hoy mismo ha de correr del cuello de Hugo.
“Tú me diste la vida
“Y tú puedes quitármela á tu antojo
“No te agradezco el don; mi crudo enojo,
“Jamás la injuria de mi madre olvida:
“Siempre mi corazón tiene presente
“De su amor inocente
“El traidor galardón, su nombre ajado
“Su vil engaño y la espantosa herencia
“De oprobio y deshonor con que has manchado
“De un hijo miserable la existencia;
“Mas la infeliz murió, y en este día
“Vá á gozar en la tumba
“De su hijo y tu rival la compañía.
“Sí, su pasión amante
“Y mi tronco sangriento y palpitante
“Dirán en el imperio del olvido,
“A los que habitan su mansión oscura
“Cuales con tu hijo y con tu amada han sido
“Tu dulce amor, tu paternal ternura.
“Es verdad, te injurié, pero ulcerado
“Una injuria con otra te he pagado;
“Esta infeliz que miras, para esposa
“Me la guardaba el cielo,
“Víctima de tu orgullo lastimosa
“Tú la robaste á mi amoroso anhelo,
“Tú viste y codiciaste su hermosura,

“Y por lograr tu intento
“Me echaste en cara el triste nacimiento
“Que solo debo á tu pasion perjura:
“Dijiste que era indigno de su mano,
“Que nunca á ser su esposo llegaria,
“Porque heredar tu nombre no podia
“Ni de Ferrara el cétro soberano.
“Mas créé que si el destino favorable
“Hubiese algunos años dilatado
“Mi vida miserable,
“Yo hiciera que mi nombre celebrado
“Por todo el universo resonára,
“Yo con mi espada sola
“En bélicas funciones
“Ganado hubiera escudos y blasones,
“Blasones mas gloriosos y esplendentes
“Que los de tus altivos ascendientes.
“Muchas veces la suerte no al guerrero
“De mas prez y valia
“Da la espuela mejor de caballero;
“Pero tú sabes bien como la mia
“Ha lanzado al combate al potro ardiente
“Dejando atras á nobles orgullosos
“Cuando el hierro inclemente
“Rompió los escuadrones polvorosos
“Y yo clamé inspirado por la gloria
“Con resonante voz: “Este y victorial!”
“No creas que disculpe mi delito
“Ni con bajeza pida
“Que algunas horas mas me des de vida:
“¿Por qué don tan mezquino
“Recibir de tu mano
“Si al fin he de morir tarde ó temprano?
“Aquellas horas de placer divino
“Que en delirio inefable en medio al crimen
“Mis sentidos gozaron
“No podian durar y se acabaron.
“Humildes son mi nombre y nacimiento,
“Y tu antigua nobleza
“Mira siempre con ceño y sentimiento
“Al hijo del error y la flaqueza;
“Mas quien vé mi semblante
“Encuentra en él impresas tus facciones
“Y tu espíritu altivo y arrogante;
“Tuyas, no te sorprenda mi osadia,
“Son todas mis pasiones,
“Tuyo, este corazon siempre orgulloso,

“Tuyos por su enorjia
“Mi alma de fuego y brazo vigoroso:
“Que la existencia sola no me has dado,
“Tu sér, tu mismo sér he recibido,
“Y do tu vil traicion solo has sacado
“Un hijo hasta en lo falso parecido.
“Grande es como la tuya el alma mia
“Pues nunca la manchó mi bastardia,
“Y este soplo vital, don miserable
“Que me diste y me quitas irritado
“Sabes lo he despreciado
“Cuando cubierta de acerada malla
“Corrí al combate, y en sus iras fieras
“Gocé mirando el campo de batalla
“Lleno de rotos cascos y banderas.
“¡Plugiera á Dios que entonces
“Entre sú estruendo y su furor sangriento
“Al claro son de los guerreros bronce
“Lanzado hubiese el postrimer aliento!
“¡Nombre eterno ganára,
“Viera mi sed de gloria satisfecha
“Si entonces acabára
“Al rigor de una lanza ó de una flecha!
“Y no que ora infeliz apenas tengo
“Valor para morir, pues aunque hiciste
“Desgraciada á mi madre, aunque has robado
“A mi cariño esta hermosura triste,
“Que mi dulce consuelo
“Mi tierna esposa hubiera sido un dia,
“Conozco eres mi padre todavia
“Y tu senténcia adusta
“No la tengo, aunque tuya, por injusta;
“Nacido en el pecado,
“Desnudo de inocencia
“Y á morir con oprobio condenado
“Cual empezó concluye mi existéncia.
“Los dos erramos, pero en este dia
“Dispone la fortuna
“Airada contra mí desde la cuna,
“Lave el tuyo y mi error la vida mia.
“A los ojos de un mundo que no temo
“Es bien horrible el crimen que me aqueja,
“Pero hay un Ser Supremo
“Que nos ha de juzgar: ¡él me protejal

XV

Cesó: cruzó los brazos sobre el pecho
Y se oyeron entonces tristemente
Las cadenas sonar que le ceñían;
Y no hubo un solo noble allí presente
Que no le contemplara conmovido
De los pesados grillos al crujido.

Mas tornánse despues; la corte entera
Curiosa y vacilante

Entre el horror y lástima examina
La belleza fatal de Parisina.

¡Ay Dios! ¿Cuando creyera
Ver á su tierno amante

Condenado á su vista á muerte fiera?

Pálida, inmóvil, silenciosa estaba

Con los ojos clavados en el suelo,

Ni en torno los jiraba

Ni los alzaba al cielo

Ni los cerró una vez, pero entretanto

Sus párpados hermosos

Cubrió la palidez, heló el espanto.

Ora una sola lágrima abrasada

De las moradas órbitas salía,

Ilegaba á la mejilla yerta y fria

Y se quedaba en ella conjelada!

Y todos admiraron

Que pudiesen correr lágrimas tales

De unos ojos mortales.

Y quiso hablar y en vano se esforzaron

Sus lábios á exhalar un triste acento,

Que la voz anudada en la garganta

Quedó sin movimiento,

Y solo se escuchó sordo suspiro

En el que parecia

Que el corazen en mísera agonía

Del pecho se arrancaba:

Cesó. . . . Tornó de nuevo al vano intento

Y cuando por lograrlo se esforzaba,

Envuelto en un tristísimo jemido

Lanzó largo alarido,

Exánime cayendo al duro suelo

Como marmórea estatua derribada

De base levantada.

¡Virgen Santa! ¡qué horror! ocupa el hielo
De su rostro gentil la rosa y nieve!
Miradla; no se mueve.

Sombra de la que fué, reliquia triste
Mas parece despojo miserable
Que ni alienta ni existe,
Que la mujer frenética y culpable
Sujeta al huracan de las pasiones,
Que el corazon la oprimen
Y en dura lucha y en combate incierto
Tuvo valor para arrojarse al crimen
Y no para mirarle descubierto.

Mas aun vivia y demasiado presto
En sí tornó de su fatal desmayo,
Aun de la vida el rayo
Brilla en su corazon; mas ¡cuán funesto!
Vuelve y no á la razon; intensa pena
Su cerebro y sentidos enajena.
Y la ajitada mente
Cual arco por la lluvia humedecido
Lanza mejor la flecha voladora,
Brotó de sí con ímpetu ferviente
Mil vagos pensamientos que han nacido
De la cruda pasion que la devora.
Con dolorido pecho
Contempla lo pasado y lo futuro,
Solo mira delante un yermo oscuro
Con débil claridad de trecho en trecho :
Asi en la noche errante el peregrino
Ve á la luz del relámpago el camino,
Anhela los reflejos
De su fugaz y pasajera llama,
Mientras con inquietud oye á lo lejos
Nocturna tempestad que sorda brama.

Sintió luego temor: vió con espanto
Del alma la congoja,
Y el corazon en mísero quebranto
Marchito y abatido
Como la flor que el ábrego deshoja :
Vió el cielo por su mal endurecido :
Sentia angustia fiera,
Y vergüenza y rubor de su pecado
Vió que uno iba á morir; pero ¿quién era?
¡Ah! todo lo ha olvidado!
Ni sabe donde está, ni qué ha pasado;
Ni aunque la luz del dia la ilumina
Distingue la mezquina
Si son espectros pálidos ó sombras
Los que ve en derredor, que por do quiera,
Vuelve la vista en lágrimas turbada

Se mira contemplada
Con aire adusto y frialdad severa :
Para su corazon atormentado
De angustias y dolores
Es todo confusion : caos horrible
De vagas esperanzas y temores
Alternan en su faz causando espanto
Ya la risa, ya el llanto,
Y el sello de la histérica demencia
Grabado en sus facciones
Demuestra la violencia
Del fogoso volcan de las pasiones ;
Mas la aficcion profunda que amargára
Su existencia horrorosa
Sueño la parecia ¡ ay ! venturosa
Si nunca de él á despertar tornára !

XVI

Se oye en la antigua torre del convento
De la campana el eco repetido.
¡ Oh como su clamor solemne y lento
Penetra el corazon, hierde el oido !
El himno relijioso
Del templo entre las bóvedas sombrías
Resuena respetoso :
Es canto funeral, piedad implora
Por los que ya la tumba ha devorado
O por el desgraciado
Que va luego á morir ; su voz sonora
La antífona sagrada á Dios levanta
Y por el bien de un alma pecadora
Resuena el bronce, el Cenobita canta.
Allí el reo infelice
Hincado está á los pies del relijioso ;
Espectáculo atroz, que á todos dice
La cólera de un padre y de un esposo ;
En la desnuda tierra
Doblada la rodilla,
Al lado el tajo en que la muerte cruda
Pondrá fin á sus penas, y delante
La guardia vijilante
Que de luciente acero armada brilla,
Y el verdugo despues que desnudando
Su brazo poderoso
Por dar mas fuerza al golpe rigoroso

Y la cercana víctima esperando
Con sereno ademán y aire tranquilo
Prueba del hacha matadora el filo.
En tanto que á sus hábitos sangrientos
Cede el pueblo aunque mudo, y desolado
Corre á gozar los últimos momentos
De un hijo por su padre condenado.

XVII

Es la tranquila y regalada hora
Que precede del sol á la caída,
En tarde del Estio encantadora,
Y su faz encendida
Se muestra en el ocaso mas hermosa
Entre nubes cuajadas de oro y rosa.
Sus rayos moribundos hieren de Hugo
La fatídica frente
Destinada al verdugo
Por el hado inclemente:
Mientras él inclinada la cabeza
Y con el alma en plácido reposo
Ante el buen religioso
Sus errores confiesa humildemente;
Y resignado espera
Sin que la muerte pálida le asombre
Oír la absolución consoladora
Que la mancha mortal lava en el hombre.
Brillaba el rojo sol en su cabeza
Cuando atento escuchaba
Y en los rizos castaños del cabello
Que daban sombra á su desnudo cuello
La luz en vivas ráfagas jugaba;
Pero brillaba mas en el acero
Del hacha ponderosa
Lanzando un resplandor siniestro y fiero;
Amarga y espantosa
Fué tal hora en verdad, ninguno pudo
Guardar la faz serena;
Los que mas rigurosos se mostraron
Hondo terror sintieron,
Era el crimen atroz, justa la pena,
Pero se estremecieron
Cuando aquel espectáculo miraron.

XVIII

Ya el rezo fervoroso ha concluido
De aquel hijo traidor y osado amante,
Un perdon sus errores da al olvido
Toca su vida en el supremo instante:
Despójale del manto; su cabello
Cede al impulso de fatal tijera
Para que luego el cuello
Pueda segar mejor el hacha fiera.
Ya está ¡grañ Dios! Qué horror! la banda hermosa
Que Parisina tierna y amorosa
Le regalára un día
No le hará en el sepulcro compañía;
Hay que arrojarla á un lado
Y sus ojos vendar, mas tanto oprobio
Ya no pudo sufrir, y arrebatado
Clamó: "Vuestra es mi vida
"Vuestro el aliento mio,
"Pero dejad al menos
"Que con ojos serenos
"Contemple de la muerte el rostro frio:
"Hiere" dijo al verdugo y con firmeza
Alargó sobre el tajo la cabeza.
Tal fué su último acento:
"Hiere"—Pálida al sol cayó brillando
La pesada segur y en el momento
La cabeza vió rodarse saltando,
Mientras cayendo atras el tronco informe
Grave, desfallecido y lastimoso
Con el humor de las rasgadas venas
Manchaba en torno el suelo polvoroso:
Sus ojos y sus lábios
Trémulos, convulsivos se ajitaron,
Pero pasó un instante
Y para siempre inmóviles quedaron.
Murió con humildad, sin altanera
Pompa ni ostentacion, sin aparato
Como el frágil mortal morir debiera;
Contrito, arrepentido
Al eco santo, al superior mandato
Del Ministro de Dios prestó el oido.
Cuando estuvo á los pies arrodillado
Del Prior venerable
Ni una idea mundana y deleznable
Turbó su corazon al cielo alzado:

El autor de su vida,
La funesta hermosura tan querida
En tal hora á sus ojos nada fueron
Porque los puso en tan profundo olvido
Como si nunca hubiesen existido,
Ni el alma le aflijieron
Su piedad alarmando y su esperanza
La desesperacion y la venganza ;
El cielo fué su solo pensamiento,
La devota oracion su solo acento :
Si no es cuando el verdugo compasivo
Quiso vendar sus ojos, porque entónces
Animoso y altivo
Pidió que le dejara
Ver la faz de la muerte cara á cara ;
Y esta súplica triste concedida
No sus lábios despues se desplegaron ;
Fué aquella la postrera despedida
De cuantos el suplicio presenciaron.

XIX

Mudos, frios, callados,
Como el cadáver yerto que allí miran
Cuantos están delante horrorizados
Parece que ni alientan ni respiran :
Un eléctrico hielo
Los pechos ocupó cuando cayendo
La segur con violencia despedida,
Derribó por el suelo
La miserable víctima poniendo
Fin á su amor y término á su vida ;
Y turbado y deshecho
El suspiro doliente
Que iba à exhalar cada aflijido pecho
Retrocedió del lábio de repente,
Y no rompió el silencio pavoroso
Sino el ruido del hacha ensangrentada
Que con eco espantoso
Cuando el cucllo sogó, quedó clavada.
Solo se oyó una voz. . . . ¿quién rasga el viento
Con mísero lamento?
Agudo cual frenético alarido
De cariñosa madre que demente
A su niño querido
Mira espirando en súbito accidente
Sube el amargo acento al alto cielo,

Como el grito de una alma condenada
A tormentos sin fin, á eterno duelo,
Aquella voz horrible y alterada
Penetra la entreabierta celosía
De la réjia mansion donde Azo mora
Y suena tronadora
Esparciendo el espanto y la agonía.
Trémulos y confusos se volvieron
Damas, señores, guardias y donceles
A mirar y escuchar, mas vanamente
Porque improvisamente
La voz y quien la dió desaparecieron,
Fué el ¡ay! de una mujer y nunca, nunca
Con mas horrible grito
Han mostrado su afan y desventura
La desesperacion y la locura ;
Porque sonó aquel ¡ay! tan lastimero
Que todo el que suspenso le escuchaba
Descó por piedad fuese el postrero
De la boca mortal que le lanzaba.

XX

Y Hugo murió por fin : más desde entonces
Ni del palacio en la soberbia estancia
Adornada de mármoles y bronce,
Ni en la frondosidad y la fragancia
Del bosque y del jardín, á Parisina
Se vió ni oyó jamas : hasta su nombre
De ninguno escuchado,
Por nadie proferido
Se hundió en eterno olvido,
Cual si solo el mentarle derramase
Mortífero veneno
Y el aire do sonara se mostrase
De maldicion y de ignorancia lleno.
Nadie al Príncipe oyó con voz llorosa
Hablar jamás de su hijo ni su esposa,
Ni les alzó sepulcro ; ni á su muerte
Aurea inscripcion en lamentable historia
Para eterna memoria
Contó su amarga suerte,
Ni sus cuerpos con canto lastimero
Fueron puestos en tierra bendecida,
Al menos el del triste caballero
Que aquel dia de horror perdió la vida :

Porque el fin de su cómplice, en silencio
Yace oculto y callado
Cual polvo frio en ataud guardado.
Ninguno saber pudo
Si en santo monasterio retirada
Con lágrimas, cilicios y abstinencia
De su vida pasada
Lavando el desarreglo y la licencia
Puesta á los pies del Redentor divino
De la eterna salud buscó el camino :
Ni si hierro, ponzoña ó lazo estrecho
Que ministró en secreto mano impía
Dieron venganza al profanado lecho
En la tremenda noche de aquel dia,
Ni si al rigor de rápido accidente
Acabó de repente
Cual si la misma muerte así quisiera
Compasiva y piadosa
Con agonía leve y pasajera
Las penas acabar de aquella hermosa.
Ninguno lo ha sabido,
Su suerte es un arcano
Y fuera empeño vano
Quererlo descubrir : quede sumido
En silencio profundo
Y solo sepa el mundo
Que esta triste mujer fué por su suerte
Culpable en vida, desdichada en muerte.

XXI

Y Azo buscó otra esposa, y niños bellos
Crecieron á su lado,
Pero ninguno de ellos
Como el que duerme en el sepulcro helado;
Y si eran tan hermosos
Él al menos con fria indiferencia
Los vió crecer sin interes mirando
Los juegos de su verde adolescencia :
Jamás se vió su pálida mejilla
Bañada en tierno llanto
Nunca de la sonrisa el dulce encanto
Disipó las tinieblas de su frente,
De su frente sombría
Do la meditacion que la ocupára
En intrincadas rayas se mostrára,

Surcos que abre en las sienes con su reja
Del temprano dolor el triste arado,
Cicatrices del alma que allí deja
El combate interior que ha soportado.

Insensible al dolor y la alegría
Tan solo le quedaba
En pos de noche insomne amargo día;
Muerto al desprecio, á la alabanza muerto
Aislado el corazón, pero indomable
Jamás se mostró abierto
De la piedad al grito respetable,
Mas dentro de él inextinguible hoguera
Ardía de continuo.
El brazo irresistible del destino
A sufrir y callar le condenaba
Y mas sufría cuanto mas callaba:
Así en Diciembre endurecido el hielo
Ata el puro cristal del arroyuelo,
Y aunque inmóvil parece su corriente
Y á la vista se niega
Marcha incesantemente
Y las yerbas del fondo ajita y riega.

Su oscuro seno ocupan entretanto
Pensamientos que en él puso natura,
Y no es dado arrancar, aunque del llanto
Segar se quiera la corriente pura,
Como cuando á los ojos derrepente
Asomarse las lágrimas sentimos
Y con costoso afán les impedimos,
Que rieguen nuestra faz; entonces ellas
No se secan allí; rápidamente
Tornan al manantial donde han nacido
Y en él se depositan al momento
Puras, ricas y bellas;
Lágrimas de placer que nunca han sido
Vistas, acompañadas, ni sentidas,
Que nunca con sus alas tocó el viento
Y cuanto mas ocultas mas queridas.

Con cruda sensación que le quedára
Solo para que mísero llorára
Las que había perdido
Sin poder ocupar con cosa alguna
El yermo de la vida entristecido
Por el rigor de la áspera fortuna,
Hasta sin esperanza
De ver á sus dos víctimas felices
Del cielo en las mansiones prometidas,

Donde en union con los celestes coros
Disfrutaran eterna bienandanza
Las almas de su error arrepentidas;
Sin que de su existencia
Turbasen los instantes
Pesar, remordimiento, ni dolores,
Creyendo siempre justa su sentencia
Y que fueron los míseros amantes
De su propio infortunio los autores:
Así vivió, como el mortal sereno
Que al clavo agudo del dolor resiste,
Mas de Azo la vejez fué sola y triste.
Pueden del roble añoso
Las ramas disecadas
Por el prudente labrador podadas ...
Tornar á desplegar verdor frondoso;
Mas si el rayo del cielo
Que de cárdena nube se desata
Sus brazos rasga en inflamado vuelo
Y la vida y el ser les arrebatá
Desnudo el tronco lánguido perece
Y nunca en nuevas hojas reverdece.
